

El cielo nos negó luz esplendente, es verdad; esa luz que dibuja, como Ribera, sombras fuertes en claros vivos: pero la luz suave de nuestro cielo es más rica en matices, en tintas, dibuja mejor los contornos, lo mismo que hay al anochecer muchos más matices que a la luz del mediodía. No tiene la culpa nuestra luz, ¡pobrecilla!, de que pintores educados en Madrid o en Roma se empeñen en dar a nuestros paisajes luz de Castilla o de la campiña romana, como no tienen la culpa nuestras aldeanas de que en algunos cuadros parezcan italianas disfrazadas. Usted ha visto como yo ese horror que llaman cabezas de estudio, esas cabezas en que se sacia el furor de sombrear por sombrear.

Si pintan vascongados no harán lo que hizo Hunt con los judíos, no estudiarán el tipo, sino que cogerán uno, el que más se acerque al canon clásico de la belleza, el que más les agrade, y ¡allá va! Pero al demonio se le ocurre poner como modelo a Hunt, a un pintor inglés, concienzudo ¡horror! que estudia, que aviva y depura el sentimiento con las ideas sin esperar al salvador ataque de nervios.

No sabe usted bien cuánto celebro que me proporcione usted ocasión de decir ciertas cosas.

¿Por qué se salieron nuestros poetas de la sencillez ruda de Iparraguirre, de las donosas bromas del pueblo, y se fueron a un romanticismo que riñe con nuestro espíritu? ¿Por qué gastaron su ingenio en leyendas vascongadas, en leyendas vascocántabras, en fábulas de los vascos en el siglo VIII? La culpa tiene quien inventó a Aitor (que fué Chabo, *lo inventó*), y quien nos plagó de esas patrañas infladas y que tanto disuenan en una tierra bendita, sin monumentos, sin archivos, sin historia vieja.

En vez de buscar la poesía, como la buscó Trueba, en el pueblo que les rodea, se fueron por más fácil a una historia que ni existe ni es popular. Nuestras glorias están más en el futuro que en el pasado. Aún no hemos despertado del todo a la vida del